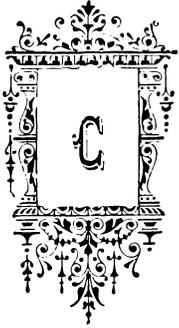


El Aglipayanismo es Herejía

JESUCRISTO ES DIOS

(DEFENSORES Y ADVERSARIOS).



REEMOS: que lo expuesto hasta el presente es suficiente para probar la Divinidad de N. S. Jesucristo, a cuantos buscan con sinceridad la verdad, y una vez conocida la vía que se les ha trazado, para caminar por ella con seguridad, constancia, valor y magnanimidad.

A pesar de todo, nos atrevemos a afirmar que para el hombre obcecado; para quien a priori se abstiene en seguir la manía de no creer; para cuantos se cubren voluntariamente los ojos, a fin de no conocer la hermosura de la verdad y no creerse obligados por su brillantísima luz a seguirla, para éstos, decimos, es completamente inútil. Porque al fin y a la postre por claro que uno vea la verdad; por muchísimas razones que le convenzan; por torrentes de luz que arroje una verdad como la que hemos venido exponiendo, en último resultado el fallo definitivo, la última palabra decisiva, ha de darle siempre la libérrima voluntad del hombre.

Y conviene que hagamos mucho hincapié en esta clarísima verdad: la fé en última instancia es negocio de la voluntad. De ahí la tremenda responsabilidad de los que viendo la luz, se taparon voluntariamente los ojos; la gloria que da a Dios el creyente; y la dicha y seguridad de cuantos siguen el tenebroso camino de la vida, esclarecidos por el foco divino, que llamamos la luz de la fe.

¡Cuán orgullosos, por decirlo así, debemos estar los que tenemos la dicha de creer! Sabemos fiados en la ciencia de Dios, secretos completamente desconocidos a la pobre razón humana; resolveremos con toda seguridad los más trascendentales problemas de ultratumba, apoyados en Dios, en medio de las dificultades y peligros inherentes a esta transitoria vida; caminamos guiados por la clarísima nube, como los israelitas por el áspero desierto; y estamos segurísimos de contrarrestar el empuje de nuestros adversarios, y de arribar en día no lejano ante el trono resplandeciente de Dios misericordioso, que sabrá recompensar espléndidamente nuestros humildes servicios y nuestras buenas acciones.

Pero ¿cuál es el fundamento de nuestras esperanzas? Es la Fe viva y ardiente en el Hijo de Dios, Jesucristo; Fe que tiene sus indestructibles cimientos en el monte Calvario; Fe que nos comunica su firmeza avasalladora por medio de la palabra eterna de Dios, escrita por sus Apóstoles y Evangelistas a raíz de la muerte inocente del Hombre-Dios, y apoyada en la tradición de veinte siglos de existencia; Fe que nos muestra como en lontananza la inmarcesible corona, que San Pablo esperaba de manos del justísimo Juez, como recompensa proporcionada a las buenas obras de todo verdadero discípulo de Cristo, imitador de su espíritu y de sus virtudes.

Y ¿qué nos enseña la santa Iglesia, la heredera universal del espíritu de Cristo, la que mantiene vivo aquel fuego sagrado que vino Jesús a encender en la tierra, la depositaria de sus confidencias, la obra maestra de Jesucristo?

Ella, pues, como obra predilecta del divino poder de su Fundador, nos tiende amorosa la mano, para introducirnos en su sagrada nave y conducirnos a través de todas las tempestades y en medio de los más espantosos huracanes, a las playas de la verdadera inmortalidad. Nada tememos; porque Dios ha empeñado su palabra, y ni las potestades de la tierra conjuradas, hace veinte siglos en anegar esta navecilla en un mar de sangre; ni los vientos embravecidos del odio y del error que levantan tempestades formidables, que han hundido en el transcurso de los siglos Naciones e Imperios fundados sobre la movediza arena de la impotencia del hombre; ni el mismo poder del infierno conseguirán otro resultado con sus instigaciones satánicas contra la navecilla del pescador de Galilea, que hacer estremecerse los cielos y la tierra de alegría al canto triunfal de San Pablo: Al nombre de Jesús, póstrase toda rodilla en el cielo y en la tierra; y hacer retumbar la voz imponente de Jesucristo por las regiones del abismo: "No prevalecerán".

"Nosotros sabemos,—ha dicho con relampagueante elocuencia el sabio orador D. Juan Vázquez de Mella,—nosotros sabemos que la Iglesia por la que luchamos, es imagen de la eterna vida, y que no morirá jamás, porque ha atravesado ya todas las tormentas históricas. Vió proscripto un día el culto de Dios, perseguidos y asediados los Sacerdotes; ha presenciado todos los crímenes, ha sido robada perseguida, ultrajada, atropellada; ha visto aún más: ha visto profanado el altar de Nuestra Señora de París, y adorada la cabeza, empapada en aguardiente, del sicario Marat en el convento de los Padres Franciscanos de París, en vez del Sdo. Corazón de Jesús, y ha salido radiante de aquellas pruebas".

Y por cuenta propia añadimos nosotros, ha llegado la soberbia e insania de los gobernantes bolcheviques a levantar una estatua al traidor Judas en actitud de levantar su mano sacrilega, amenazando al Cielo!... Mas el Vicario de Cristo reparte las abundantes limosnas que la generosidad de los fieles pone en sus manos, en las de los desgraciados rusos, haciendo bien a todos y tendiendo una mano amiga a los hambrientos, a los moribundos y hasta sepultando misericordiosamente a los pobres muertos en la tierra, como sepulta el Papa Pío XI en su corazón compasivo, los gritos de odio y furor de turbas y gobernantes sin entrañas.

Esta Santa Iglesia de Cristo desde San Pedro que exclamó con entusiasmo persuasivo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios, hasta los últimos mártires que caen víctimas gloriosas, sacrificadas por confesar victoriosamente la Divinidad de N. S. Je-

sucristo; en todos los siglos ha tenido millones de creyentes, de todas edades y condiciones, que han preferido la palma del martirio, a los mentidos placeres, comprados a costa de una execrable apostasía.

Abramos por un momento las venerandas páginas de la Historia de la Iglesia; detengámonos un instante ante tan imponente espectáculo, y veremos desfilar ante nuestros ojos un ejército innumerable de Apóstoles, Papas y Obispos de los tres primeros siglos, que derramaron su sangre para confirmar su Fe en la Divinidad de N. S. Jesucristo. Irán pasando ante nuestros ojos veinte millones de gloriosos mártires de fieles cristianos, de toda edad, sexo y condición, nobles y plebeyos, sapientísimos filósofos e ignorantes, de la primera nobleza, magistrados, centuriones, procónsules y soldados, matronas romanas, niños y purísimas doncellas.

Y ¿cómo confesaron su Fe? Revestidos de la fortaleza del Altísimo, en medio del circo romano, en medio de los potros, entre las llamas y toros de metal ardiendo, a vista de los tigres y leones hambrientos, y momentos antes de ser arrojados al mar o de ser descabezados. Sus postreras palabras, mirando al Cielo, eran exclamar ante los jueces paganos: ¡Creo en Jesucristo!

Ahora bien; reflexionemos: ¿es posible que aquellos veinte millones de hombres racionales se dejaran matar sin más ni más; que escogieran una muerte dolorosa, a una vida rodeada de comodidades y placeres; que firmasen con su sangre que Jesucristo era Dios, si no hubieran estado bien ciertos y seguros de que era verdad? ¿Es moralmente imposible que veinte millones de mártires se engañasen!

Los que en realidad van engañados e ilusos son los enemigos de la Divinidad de Jesús, desde los judíos que gritaban en el pretorio de Pilatos, hasta la turba de incrédulos del siglo veinte, que vocifera a voz en cuello desde las columnas de los periódicos, desde los sombríos antros de las sectas secretas, y desde los clubs socialistas, que maquinan planes de exterminio de la Iglesia, de la Religión y del mismo Dios.

Estos, éstos son los adversarios de Jesucristo: los vendidos al oro de las sectas; los orgullosos por los admirables descubrimientos del siglo actual; los arrastrados por la corriente impetuosa de la voluptuosidad y el desenfreno: los seducidos por los oradores callejeros, por los libros de falsa ciencia, y por la Historia falseada; finalmente cuantos se postran ante el becerro de oro o se desvanecen con el humo de adulaciones e innmerecidas alabanzas.

Puede afirmarse, en una palabra, que la enemiga de los impíos contra Cristo, radica en la mente o tiene su asiento en el corazón. ¡Perversión y corrupción son de ordinario los dos factores que dan por resultado cierto la incredulidad!

No se nos objete que es la ciencia la causa que conduce a algunos sabios a la negación de las verdades reveladas; porque la verdadera ciencia lleva como por la mano a sus verdaderos amadores al templo augusto de la Verdad increada, a la Religión Católica, a Dios.

Magnífica idea fué por cierto la del protestante doctor Dr. Dennert quién escribió una breve reseña de trescientos sabios, escogidos entre los más célebres de los últimos cuatro siglos.

La estadística arroja estos preciosos datos: del siglo XV al XVII, de 82 naturalistas, 79 son cristianos, y prácticos los más renombrados, como Newton, Huygens, Leibnitz, Kepler, Galileo y Copérnico.—En el siglo XVIII, de 55, 39 creían en el alma, en Dios, en la Revelación, como Herschel Linneo, Werner, Boerhave, y Bradley; 5 eran incrédulos y de los 11 restantes se ignoran las creencias.—En el siglo XIX, de 167, 124 eran creyentes, 27 de opiniones no bien definidas, y solos 12 incrédulos, entre éstos los materialistas Tyndall, Huxley y Darwin.

En resumen: de 300 naturalistas, son creyentes 242, enemigos implacables del materialismo y verdaderos partidarios de la Revelación, contra 58 incrédulos!

“Considerad,—escribía el obstinado Sainte-Beuve,—los grandes incrédulos; Federico el Grande, Laplace, Goethe... y quienquiera que no haya reconocido a Jesús: examínadlos bien; y en su corazón o en su mente echaréis de menos alguna cosa. ¡Cuántos niegan a Jesús, sufren el castigo de esa negación”.

Ese algo no hay ningún incrédulo que en horas de reflexión y calma de espíritu no llegue a confesarlo; aunque luego arrastrado por sus pasiones, por sus preocupaciones y compromisos de escuela o de partido “se esfuerce por persuadirse, como afirma un autor moderno, de que Dios no existe o que no ha hablado, o de que no se ocupa de nuestras cosas”.

Y para terminar este trabajito con la mira de refutar las atrocidades y despropósitos del infeliz Aglipay, y salir a la defensa de nuestro Dios y Señor Jesucristo, villanamente injuriado por uno que le juró fidelidad y amor al pie de los altares, le recomendamos al falso obismito, que lea detenidamente cuanto llevamos escrito sobre las profecías, los milagros, y las pruebas clarísimas de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Y si acaso no vuelve a encenderse en su mente la antorcha de la divina Fe; si la inveterada costumbre de tantos años ha endurecido su corazón; le rogamos a D. Gregorio que se humille ante la presencia de Jesucristo y le pida perdón de su sacrilego atrevimiento; y por lo menos que se abstenga con sus perniciosos escritos de escandalizar a los hijos de una misma Patria y de arrastrar al profundo de la perdición a una parte del católico pueblo filipino.

P. DE ISLA.

A M A Y A

Partituras para canto y piano de esta hermosa ÓPERA VASCA
P 12.00

A. NOARBE

Juan Luna 489

Manila

Felicitísimo R. Feria Gabriel La O

F E R I A & L A O
ABOGADOS

China Bank Bldg., Juan Luna, Manila.
Tel. 1792.